

Querida familia MAGNIFICAT,

Desde muy pequeño, en el campo, tuve la suerte de tratar con pastores: de ovejas, de vacas. Hacían pastar sus rebaños cerca de nuestra casa de campo. Nos montábamos en el burro o en el caballo con ellos y luego, con el tiempo, ya solos. Para mí, eran personas admirables: sencillas, austeras (pedían un vaso de agua, les llevabas una cerveza y muchas veces rehusaban, prefiriendo el agua). Qué capacidad de entrega, de sol a sol, llevando al agua al rebaño, comiendo los mendrugos de pan que les veíamos en sus bolsas. Sin su trabajo entregado, el rebaño no daría ni buena leche ni buena carne ni buena lana. Vida entregada, vida sacrificada y, seguramente, míseramente remunerada. ¡Qué suerte haber tenido estas experiencias!

Los niños de ciudad desconocen ese mundo. Éramos seminaristas y, yendo un día de excursión, un compañero de Villaverde gritó de repente: «¡Una vaca!»... Nunca había visto una de verdad. Hoy los niños tienen que ir a la granja-escuela para conocer de cerca a los animales. Pero ya no hay pastores... Por eso, en una cultura no agropecuaria hace falta dar muchas explicaciones al hablar de la alegoría del pastor y las ovejas.

Jesucristo, el gran Pastor de las ovejas (Heb 13,20), guía, da su vida por ellas: ha dado su vida muriendo, pero, resucitado, la sigue dando. El Salmo 22 es joya descriptiva de Jesús, buen Pastor:

El Señor es mi pastor, nada me falta:  
en verdes praderas me hace recostar;  
me conduce hacia fuentes tranquilas  
y repara mis fuerzas.

Me guía por el sendero justo,

por el honor de su nombre.  
Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo, porque tú vas conmigo:  
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,  
enfrente de mis enemigos;  
me unges la cabeza con perfume,  
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan  
todos los días de mi vida,  
y habitaré en la casa del Señor  
por años sin término.

Recordemos algo que, iconográficamente, pertenece al imaginario colectivo de nuestra civilización cristiana y que recogían todos los libros de texto (al menos los de antes). Me refiero al fresco del Buen Pastor que carga la oveja sobre sus hombros. Es una de las primeras imágenes de Cristo. Es una imagen fascinante cuando se contempla en directo en la catacumba de Priscila, en Roma. Lástima que al estar tan apartada de la Roma central es una catacumba menos visitada que las de la Vía Appia Antica. Cristo carga con su oveja: eres tú, soy yo. Pastor que entrega la vida por amor eternamente: sus llagas gloriosas están siempre ante la mirada amorosa del Padre. Por ti, por mí.

En el Señor resucitado,

***Pablo Cervera Barranco***

Redactor Jefe de MAGNIFICAT, edición española